

EL ETRUSCO

MIKA WALTARI

EL ETRUSCO

La leyenda de los inmortales



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Turms, kuolematon*

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón

Primera edición en rústica: marzo de 2019

© 1955, Mika Waltari
© de la traducción: J. A. González, 1994
© de la presente edición: Edhasa, 1999, 2012, 2019
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-6338-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso por Liberdúplex

Depósito legal: B-4680-2019

Impreso en España

Libro primero

DELFO

CAPÍTULO I

Yo, Lario Turmo, el Inmortal, desperté y vi que la primavera había llegado, que la tierra se había vuelto a cubrir de flores.

Contemplé el oro y plata de mi bella morada, las estatuas de bronce, los vasos de figuras rojas y las paredes cubiertas de frescos. Sin embargo, de nada de ello me sentí orgulloso, porque ¿qué puede poseer quien es inmortal?

Entre los innumerables objetos preciosos escogí un sencillo recipiente de arcilla y, por primera vez después de tantos años, vertí su contenido en la palma de mi mano y lo conté. Eran las piedrecillas que marcaban mi vida.

Después deposité el recipiente con sus piedras a los pies de la diosa y golpeé un batintín de bronce. Los sirvientes entraron en silencio, pintaron mi cara, mis manos y mis brazos con el rojo sagrado y me vistieron con la túnica litúrgica.

Como estas acciones se debían a mi propia voluntad y eran para mi propio beneficio y no el de mi ciudad o mi pueblo, no permití que me llevaran en la litera ceremonial, sino que recorrí la ciudad a pie. Cuando la gente veía mi cara y mis manos pintadas, se apartaba a ambos lados, los niños interrumpían sus juegos y, al llegar a las puertas de la ciudad, una muchacha dejó de tocar la flauta.

Salí y descendí al valle, por el mismo camino que ya había seguido otras veces. El cielo era de un azul intenso, el canto de los pájaros resonaba en mis oídos, mezclado con el arrullo de las palomas de la diosa. Al verme, los labriegos que arañaban los campos interrumpían su trabajo en señal de respeto, para volver a su tarea una vez que había pasado.

No escogí el sendero más fácil, aquel que utilizan los canteros, para ascender a la santa montaña, sino la sagrada escalinata flanqueada por pilares de madera policromada. Los peldaños eran muy empinados y subí por ellos de espalda, sin dejar de mirar en dirección a la ciudad, y aunque tropecé varias veces, conseguí conservar el equilibrio. Mis acompañantes, que hubieran deseado sostenerme, daban muestras de temor, porque hasta entonces nadie había ascendido de aquella manera a la montaña sagrada.

Cuando llegué al camino, el sol alcanzaba su cenit. Antes de alcanzar la cumbre pasé en silencio ante las tumbas con sus piedras amontonadas y dejé atrás el túmulo de mi padre.

A mis pies se extendía en todas las direcciones el inmenso territorio de mi patria, con sus fértiles valles y sus colinas boscosas. Hacia el norte reverberaban las oscuras aguas de mi lago; al oeste se erguía en toda su serenidad la montaña de la diosa, frente a la cual yacían las moradas eternas de los difuntos. Esto era todo cuanto había encontrado y conocido en mi vida.

Miré alrededor en busca de un presagio y vi en el suelo la pluma de una paloma. Me incliné para recogerla y advertí entonces a su lado una piedrecita rojiza. La cogí; era la última piedra que me faltaba.

A continuación golpeé ligeramente el suelo con el pie.

—Éste será el lugar de mi tumba —dije—. La excavaré en la ladera de la montaña y la adornaré como corresponde a mi abuelo.

Me deslumbró la visión de informes criaturas de luz que cruzaban el cielo, tal como había presenciado en otras raras ocasiones. Levanté los brazos con las palmas hacia el suelo, y casi al instante un rumor indescriptible, como el que sólo se oye una vez en la vida, retumbó en el cielo sin nubes. Semejaba el clamor de un millar de trompetas y su vibración penetraba en la tierra y en el aire, paralizando los miembros pero acelerando los latidos del corazón.

Mis acompañantes se arrodillaron y se cubrieron el rostro con las manos, pero yo me llevé una mano a la frente, extendí la diestra hacia delante y di la bienvenida a los dioses, a la vez que me despedía de mi época:

—El tiempo de los dioses toca a su fin y otro ciclo comienza, con nuevas hazañas, nuevas costumbres, nuevas ideas.—Volviéndome hacia mis acompañantes, les dije—: Levantaos y regocijaos. Habéis tenido el privilegio de oír los sonos divinos que anuncian el fin de un ciclo y el comienzo de otro. Eso significa que los últimos en oírlos están muertos y nadie entre los vivos podrá escucharlos otra vez. Sólo los que todavía no han nacido gozarán de semejante privilegio.

Al igual que yo, mis sirvientes aún seguían agitados por el temblor que sólo se experimenta una vez. Apretando fuertemente en mi diestra la última piedra de mi vida, volví a golpear con el pie el lugar donde se abriría mi tumba.

De pronto, una violenta ráfaga de viento se abatió sobre mí, mis últimas dudas se desvanecieron y comprendí que más tarde o más temprano regresaría. Algún día surgiría de la tumba, físicamente regenerado, para escuchar el gemido del viento bajo un cielo sin nubes, para percibir la fragancia de los pinos y ver la silueta azulada de la montaña de la diosa. Si pensaba en ello, escogería entre los tesoros de mi tumba el más humilde recipiente de arcilla para verter los guijarros sobre la palma de mi mano, contarlos y revivir los días del pasado.

Regresé con paso lento a la ciudad y a mi morada. Dejé caer la piedrecita en el recipiente de arcilla negra colocado ante la estatua de la diosa y, cubriéndome luego el rostro con las manos, di rienda suelta a mi llanto. Yo, Turmo, el Inmortal, derramé las últimas lágrimas de mi existencia mortal, mientras el recuerdo de mi vida anterior me zahería el corazón.

CAPÍTULO II

Era una noche de luna llena que anunciaba el comienzo de la fiesta de primavera. Mis sirvientes trataron de lavar mi cara y mis manos para quitar de ellas la pintura sagrada, ungirme y poner una guirnalda de flores alrededor de mi cuello, pero los alejé de mi lado.

—Coged un poco de mi harina y coced los panes para los dioses —les dije—. Escoged entre mi ganado aquellos animales destinados al sacrificio y distribuid limosna entre los pobres. Bailad las danzas del sacrificio y jugad los juegos de los dioses, según prescribe la costumbre. En cuanto a mí, me retiraré a la soledad.

A continuación pedí a los augures, a los intérpretes de los relámpagos y a los dos sacerdotes encargados del sacrificio, que se asegurasen de que todo se hacía de acuerdo con la costumbre establecida.

Quemé incienso en mi habitación hasta que el aire estuvo cargado con el humo de los dioses. Luego me tendí sobre el triple colchón de mi lecho, crucé fuertemente los brazos sobre el pecho y dejé que la luz de la luna iluminase mi rostro. Me hundí entonces en un sueño que no era tal, hasta que mis miembros se inmovilizaron. Poco después el negro perro de la diosa penetró en mi sueño, pero ya no ladraba ni su aspecto era feroz como antes. Por el contrario, se acercó a mí mansamente, saltó sobre mi regazo y me lamió la cara. Entonces le hablé en sueños:

—No te quiero bajo tu forma infernal, ¡oh, diosa! Me has concedido riquezas que no ambicionaba y poder que no quería. No hay en la Tierra riquezas suficientes con las que tentarme a fin de que me conforme con tu sola presencia.

El perro negro de la deidad se desvaneció ante mí y cesó la rigidez de mis miembros. Entonces los transparentes brazos de un cuerpo lunar se tendieron hacia lo alto.

De nuevo rechacé a la diosa, diciendo:

—Ni siquiera en mi forma celestial te adoraré.

Mi cuerpo lunar cesó de engañarme. En su lugar, mi espíritu guardián, un ser alado cuya belleza sobrepasaba a la de cualquier mortal, adquirió forma ante mis ojos. Era una criatura femenina, y no sé si fue por la radiante sonrisa que iluminaba su rostro, pero me pareció más viva que cualquier mortal al aproximarse a mí y sentarse en el borde de mi cama.

—Tócame con la mano —le imploré— para que por fin pueda conocerte. Estoy cansado de anhelar todo lo terrenal; sólo te deseo a ti.

—El tiempo aún no ha llegado —replicó el espíritu—. Pero algún día te será dado el conocerme. Me has amado a través de todos aquellos que has amado en la Tierra. Tú y yo somos inseparables, pero nos mantendremos alejados hasta que llegue el momento en que pueda tomarte en mis brazos y arrebatarte con mis poderosas alas.

—No son tus alas lo que anhelo, sino a ti —dije—. Quiero estrecharte entre mis brazos. Si no en esta vida, te obligaré en alguna otra vida futura a que asumas forma humana para poder así conocerte con ojos humanos. Sólo por esa razón deseo regresar.

La imagen acarició mi garganta con sus dedos delicados.

—¡Qué mentiroso eres, Turmo! —murmuró a mi oído.

Contemplé su indescriptible belleza, humana y a la vez semejante a una llama.

—Dime tu nombre para que pueda conocerte —suplicué.

—¡Y qué prepotente! —dijo ella con una sonrisa—. Aunque lo conocieses, no podrías dominarme. Pero no temas. Cuando por fin te tome entre mis brazos, te susurraré mi nombre al oído, aunque probablemente ya lo habrás olvidado cuando te despierte el trueno de la inmortalidad.

—No quiero olvidarlo —protesté.

—Ya lo hiciste otras veces.

Incapaz de seguir resistiendo por más tiempo el deseo, extendí los brazos para estrecharla entre ellos. Pero mis brazos abrazaron la nada, a pesar de que yo seguía viéndola viva ante mí. Poco a poco, los objetos que llenaban la estancia se hicieron visibles a través de su ser. Me puse de pie de un salto, sorprendido, y mis dedos no pudieron asir más que rayos de luz. Desconsolado, me puse a medir la estancia con mis pasos, tocando los diversos objetos, pero mis brazos, desprovistos de fuerza, eran incapaces de levantar incluso los más pequeños. Nuevamente sentí los miembros paralizados, y deseoso de compañía humana golpeé el batintín con el puño. Pero el batintín permaneció mudo.

Al despertar me encontré tendido en la cama, con los brazos apretados contra mi pecho. Al advertir que podía moverme, me incorporé y me llevé las manos al rostro.

Mezclado con el incienso y la espantosa claridad lunar percibí el metálico aroma de la inmortalidad. Su fría llama bailaba delante de mis ojos y su voz atronadora retumbaba en mis oídos.

Me levanté con actitud desafiante, abrí los brazos y grité:

—¡No te temo, Quimera! Todavía vivo como un hombre. No soy un inmortal, sino un ser humano como los demás.—Pero no podía olvidar el sueño. Llamé de nuevo al espíritu invisible que me acompañaba, protegiéndome con sus alas—. Confieso que todas las acciones que he llevado a cabo guiado por mi egoísmo han sido equivocadas y perjudiciales tanto para mí como para el prójimo. Sólo cuando he seguido tu guía, sin saberlo y como un sonámbulo, mis acciones han sido prudentes y acertadas. Pero debo aprender por mí mismo quién soy y por qué soy como soy.

Después la llené de improperios:

—Es verdad que has intentado por todos los medios que creyera, pero no lo has conseguido. Todavía soy tan humano que sólo creeré cuando despierte a otra vida y, al oír el rugido de la tempestad, recuerde y me reconozca. Sólo cuando esto suceda

seré tu igual. Entonces estaremos en mejor situación para imponernos condiciones el uno al otro.

Cogí el recipiente de arcilla de los pies de la diosa, deposité una tras otra las piedras sobre la palma de la mano y evoqué mis recuerdos. Cuando éstos acudieron, lo escribí todo puntualmente y de la mejor manera que me fue posible.

CAPÍTULO III

La mayoría de los hombres no suelen inclinarse a recoger una piedra del suelo para guardársela como símbolo del fin de un ciclo y el comienzo de otro. Por lo tanto, es comprensible que los deudos depositen en el recipiente un puñado de piedras cuyo número es igual al de los años y meses que contaba el difunto. En tal caso, las piedrecitas revelan su edad, pero nada más. El difunto ha vivido el término ordinario de una vida humana y puede darse por satisfecho.

Las naciones también tienen sus ciclos, que son conocidos como los siglos de los dioses. Así, nosotros, los inmortales, sabemos que a los doce pueblos y ciudades etruscos han sido concedidos diez ciclos para vivir y morir. Al referirnos a ellos, decimos que duran mil años porque así resulta más fácil, pero la extensión de un ciclo no debe ser necesariamente de un centenar de años. Puede ser más largo o más breve. Sólo conocemos su principio y su final gracias al signo inconfundible que recibimos.

Todo hombre busca aquella certeza imposible de obtener. Así, los arúspices comparan el hígado del animal sacrificado con un modelo de arcilla dividido con compartimientos, cada uno de los cuales lleva el nombre de una deidad particular. Como carecen de conocimiento divino, se hallan a merced de toda clase de errores.

De modo similar, existen sacerdotes que han aprendido muchas reglas de adivinación por el vuelo de los pájaros. Pero cuando se encuentran ante un signo que no les es familiar, se muestran confusos y hacen sus predicciones a ciegas. No deseo mencionar siquiera a los intérpretes del rayo, que antes de que

estalle una tempestad suben a lo alto de las montañas sagradas a fin de interpretar los rayos y los relámpagos según su intensidad y la posición que ocupan en la bóveda del cielo, que ellos han dividido y orientado en dieciséis regiones celestiales.

Pero no diré más, porque así es y será por siempre. Todo está destinado a volverse rígido, a envejecer. Nada hay más triste que la sabiduría decrepita y marchita, que el conocimiento humano sujeto a todos los errores y tan distinto de la percepción divina. Un hombre puede aprender muchas cosas, pero conocimiento no es sabiduría. Los únicos manantiales de donde brota el verdadero conocimiento son la íntima certeza y la percepción divina.

Hay objetos divinos dotados de tal poder que sólo con tocarlos los enfermos sanan. Otros objetos protegen o dañan a quienes los llevan. Hay lugares reconocidos como sagrados, a pesar de que ningún altar o piedra votiva los señale. Existen asimismo videntes capaces de conocer el pasado gracias al simple tacto de un objeto. Pero por más convincentes que sean sus palabras, con las que esperan ganarse su pan y su aceite, es imposible saber cuánto hay de verdad en lo que dicen y cuánto de sueño o fantasía. Ni ellos mismos lo saben. Puedo dar testimonio de ello, porque estoy dotado del mismo poder.

Sin embargo, algo queda retenido en las cosas que han sido objeto de amor y que fueron utilizadas largo tiempo. Tales cosas suelen asociarse con hechos buenos o malos. Es algo que está más allá del objeto en sí. Pero todo esto es vago y confuso, y en conjunto totalmente ilusorio, a pesar de ser cierto. Del mismo modo, los sentidos del hombre son engañosos si sólo responden a su deseo de ver, de oír, de tocar, de oler y de gustar. No hay dos personas que vean u oigan lo mismo del mismo modo. Ni nadie huele o toca el mismo objeto de manera parecida en ocasiones diferentes. Algo que nos parece agradable y deseable en un momento determinado puede resultarnos indigno y repulsivo en el siguiente. Por lo tanto, aquel que sólo crea en lo que le

dicen sus sentidos se miente constantemente a lo largo de su vida.

Pero mientras escribo esto sé lo que hago sólo porque soy viejo y gastado y porque la vida me parece amarga y el mundo no me ofrece nada que valga la pena. Cuando era joven no habría escrito estas palabras, aunque lo que entonces hubiese escrito habría sido igualmente cierto.

¿Por qué escribo, pues?

Escribo para vencer al tiempo y para conocerme a mí mismo. Pero ¿podré en verdad vencer al tiempo? Jamás lo sabré, porque ni siquiera sé si podrá sobrevivir aquello que estaba borrado y que he escrito de nuevo. Así, me contentaré con escribir para conocerme a mí mismo.

Primero, no obstante, cogeré con mi diestra una piedra negra, suave al tacto, y escribiré cómo tuve el primer presentimiento de quién era yo en realidad, en lugar de quien creía simplemente que era.

CAPÍTULO IV

Sucedió en el camino de Delfos, que discurre entre montañas. Después de alejarnos de la orilla del mar, el cielo se iluminó en el este distante, sobre los picos de las montañas. Cuando llegamos a la aldea, sus moradores nos advirtieron de la conveniencia de no seguir viaje. Ya era otoño, dijeron, y estaba a punto de desatarse un temporal. Podíamos topar con desprendimientos de tierra en el camino o por torrentes que arrastrarían al imprudente viajero.

Pero yo, Turmo, iba a someterme al juicio del oráculo de Delfos. Los soldados atenienses me habían rescatado para concederme asilo en una de sus naves a fin de protegerme de la ira de los habitantes de Éfeso, que trataban de lapidarme por segunda vez en mi vida. Así, no esperé que cesara la tempestad. Aquellos aldeanos vivían a costa de los peregrinos, deteniéndolos a la ida o a la vuelta con diversos pretextos. Les ofrecían grandes festines y cómodos lechos, y les vendían amuletos de madera, hueso y piedra que ellos mismos fabricaban. Ignoré sus advertencias, pues no temía a los rayos ni a las tempestades.

Impulsado por mi sensación de culpabilidad, proseguí solo mi viaje. Refrescó, las nubes se extendieron por la ladera del monte y los cegadores relámpagos empezaron a brillar a mi alrededor. El ensordecedor vozarrón del trueno resonaba sin cesar de uno a otro valle. Los rayos partían las rocas y yo caminaba azotado por la lluvia y el granito, a riesgo de verme precipitado al abismo por las impetuosas ráfagas de viento, mientras mis codos y rodillas sangraban a consecuencia de mis caídas sobre la dura roca.

Pero no sentía ningún dolor. Mientras los rayos relucían delante de mí, como si desearan mostrarme su hórrido poder, fui presa del éxtasis por primera vez en mi vida y, sin saber lo que hacía, comencé a danzar en el camino que conducía a Delfos. Levantaba los pies y movía los brazos en una danza que surgía de mi interior y sólo vivía en mí. Todo mi ser se agitaba como consecuencia de aquel gozoso estado de éxtasis.

Fue entonces cuando me conocí a mí mismo por vez primera. Estaba libre de todo mal, nada podía dañarme. Mientras danzaba en el camino de Delfos, de mi boca brotaron palabras en una lengua extraña que desconocía por completo. Incluso el ritmo de la canción era extraño, y extraños también los pasos de mi danza; en aquel estado en que me hallaba, todo lo que surgía de mí era mío, aunque yo mismo ignorase la causa.

Más allá de la cumbre de la montaña descubrí el óvalo ennegrecido por la lluvia que formaba el valle de Delfos. Por último, la tormenta cesó, los nubarrones se alejaron y el sol brilló sobre los edificios, los monumentos y el templo sagrado. Sin que nadie me guiase, encontré la sagrada fuente, deposité mi hato en el suelo, me despojé de mis sucias vestiduras y me sumergí en las aguas purificadoras. La lluvia había enturbiado el circular manantial, pero el agua que brotaba de la boca de los leones limpió mis cabellos y mi cuerpo. Avancé desnudo bajo los tibios rayos del sol, dominado aún por el éxtasis. Mis miembros parecían ser de fuego y no sentía frío alguno.

Levanté la mirada y vi correr hacia mí a los servidores del templo, cuyas ropas flotaban al viento, lo mismo que las sagradas cintas que ceñían sus cabezas. Más arriba, dominándolo todo y con un aspecto aún más imponente que el templo mismo, se alzaba el negro acantilado de lo alto del cual eran arrojados los culpables de algún delito. Una bandada de negras aves se cernía sobre el desfiladero por el que acababa de pasar la tempestad. Eché a correr por las terrazas en dirección al templo, pasando entre las estatuas y los monumentos, sin seguir el sendero sagrado.

Una vez que me hallé ante el templo, puse mi mano sobre el macizo altar y grité con toda la fuerza de mi voz:

—¡Yo, Turmo de Éfeso, invoco la protección de la divinidad y me someto al juicio del Oráculo!

Levanté la mirada y en el friso del templo vi a Artemisa corriendo con su perro y a Dionisio en actitud orgiástica. Comprendí entonces que debía seguir adelante. Los servidores intentaron detenerme, pero los rechacé y entré corriendo en el templo. Crucé el atrio, pasé junto a las gigantescas urnas de plata, las ricas estatuas y los exvotos. Cuando hube llegado a la cámara interior, vi la llama eterna que se alzaba en un pequeño altar y, a su lado, el Ónfalo, el centro u ombligo de la Tierra, ennegrecido por el humo de los siglos. Posé la mano sobre aquella piedra sagrada y me confié a la protección divina.

De la piedra emanaba una indescriptible sensación de paz. Miré alrededor, sin sentir temor alguno. Vi la sagrada tumba de Dionisio, las águilas de la gran divinidad del templo que me cubrían con su sombra, y comprendí que nada malo podía ocurrirme allí. Los servidores no se atrevían a entrar. En aquel lugar, yo sólo encontraría a los sacerdotes, a aquellos que habían sido consagrados, a los intérpretes de la palabra divina.

Advertidos por los sirvientes, los cuatro sacerdotes acudieron a toda prisa, ajustándose las bandas que les ceñían la cabeza y recogiendo los faldones de sus túnicas para no caer. Sus semblantes estaban contraídos, y sus párpados, hinchados, como si acabaran de despertar de un profundo sueño. El invierno estaba muy próximo y ya esperaban a muy pocos peregrinos. Aquel día suponían que no vendría ninguno a causa de la tempestad, y mi llegada fue para ellos motivo de sorpresa y alarma.

Mientras yo permaneciese desnudo y tendido en el suelo del santuario interior, sujetando el Ónfalo con ambas manos, no podían comportarse conmigo de manera violenta. Tampoco parecían muy deseosos de hacerlo antes de saber quién era yo.

Deliberaron en voz baja y por fin uno de ellos preguntó:

—¿Están tus manos tintas en sangre?

Me apresuré a responder que no, y mis palabras produjeron en ellos un alivio evidente. Si me hubiesen hallado culpable de homicidio, se habrían visto obligados a purificar el templo.

—¿Acaso has pecado contra los dioses? —preguntaron a continuación.

Medité unos instantes y respondí:

—No, no he pecado contra los dioses helénicos. Por el contrario, la sagrada virgen, la hermana de vuestro dios, vela por mí.

—¿Quién eres, pues, y qué deseas? —inquirieron con voz agria—. ¿Por qué has venido danzando en medio de la tempestad, para bañarte en las aguas sagradas sin nuestro permiso? ¿Cómo te atreves a turbar el orden y las costumbres del templo?

Por fortuna no tuve necesidad de responder, pues en aquel mismo instante entró la pitonisa sostenida por sus servidoras. Era una mujer joven aún, de rostro horriblemente contraído, ojos espantosamente abiertos y andar vacilante. Me miró como si me conociera desde siempre, y cuando comenzó a hablar, un rubor tiñó sus pálidas mejillas:

—¡Por fin has llegado, tú, a quien tanto esperaba! Desnudo has venido mientras tus pies danzaban, para ir a purificarte luego a la fuente. Hijo de la Luna, la concha y el hipocampo, te conozco. Llegas de occidente.

Me disponía a decirle que estaba equivocada, pues yo venía de oriente, del punto más lejano al que podía llegar un hombre impulsado por el remo y la vela. Sin embargo, sus palabras me conmovieron.

—Así pues, ¿me conoces, oh, santa señora?

Ella soltó una salvaje carcajada y se acercó más a donde yo estaba.

—¡Claro que te conozco! Levántate y mírame a la cara.

Dominado por su mirada, solté la sagrada piedra y miré fijamente a la mujer. Ante mis ojos, la pitonisa se transfiguró en

Dione, la de sonrojadas mejillas, la que grabó su nombre en una manzana antes de ofrecérmela. Luego Dione se desvaneció y en su lugar apareció el negro rostro de la estatua de Artemisa, que cayó del cielo en Éfeso. A continuación, aquel rostro se transformó en el de una gentil doncella, que apenas pude entrever antes de que se desvaneciese de nuevo. Por último, me hallé contemplando el semblante contraído de la pitonisa, que me fulminaba con la mirada.

—Yo también te conozco —repliqué.

Si sus servidoras no lo hubiesen impedido, me habría abrazado. Tendió hacia mí su mano izquierda y tocó mi pecho; su contacto me infundió nuevas fuerzas.

—Este joven me pertenece —declaró— aun cuando no haya sido consagrado. Que nadie lo toque. Sean cuales fueren las acciones que haya cometido, las ha llevado a cabo impulsado por la voluntad divina y no por la suya. Por lo tanto, está limpio de toda culpa.

—Estas palabras no son divinas —murmuraron los sacerdotes—, pues no las ha pronunciado sentada sobre el trípode sagrado. Simula estar en éxtasis. Lléváosla.

Pero ella era más fuerte que sus servidoras y comenzó a debatirse, desafiante.

—Veo el humo de muchos incendios al otro lado del mar. Este hombre ha venido con las manos tiznadas, con ceniza en el rostro y quemaduras en los costados, pero yo lo he purificado. Ahora es libre de ir y venir a su antojo.

Después de estas palabras, pronunciadas con voz clara y firme, fue presa de una convulsión, empezó a echar espumarajos por la boca y cayó inconsciente en manos de sus servidoras, quienes se la llevaron a toda prisa.

Los sacerdotes me rodearon, temblorosos y alarmados.

—Es necesario que hablemos a solas de esto —dijeron—. Pero no temas. Gracias al Oráculo eres libre. Es evidente que no eres un ser humano ordinario, puesto que al verte la pitonisa entró

en un trance sagrado. Sin embargo, sus palabras no fueron pronunciadas sobre el sagrado trípode, de modo que no podemos escribirlas. Pero no las olvidaremos.

Cogieron un puñado de cenizas de laurel del altar, frotaron con ellas mis manos y mis pies y me condujeron al exterior del templo. Entretanto, los sirvientes habían ido en busca de mi hato y de mis enfangadas vestiduras, que habían quedado junto al manantial. Cuando los sacerdotes palparon la fina lana de mi manto, comprendieron que yo no era un peregrino corriente. Terminaron de tranquilizarse cuando les tendí una bolsa repleta de monedas de oro de Mileto que ostentaban la cabeza de un león, junto con otras de plata en las que había sido acuñada la abeja efesia. También les di las dos tablillas de cera selladas en las que se contenía la declaración de mi conducta, que ellos prometieron leer antes de interrogarme.

Pasé la noche en una estancia sobriamente amueblada. A la mañana siguiente, los sirvientes acudieron para decirme cómo debía ayunar y purificarme para ser puro de lengua y corazón cuando tuviese que someterme de nuevo a las preguntas de los sacerdotes.